

DISTENSION Y COEXISTENCIA PACIFICA EN EL MUNDO ACTUAL *

La convocatoria, durante veinticuatro años sucesivos, de la reunión del CEDI ofrece el testimonio objetivo de la continuidad y de la seriedad de un esfuerzo que no ha tenido pausa ni desmayo.

Por encima de las mutables circunstancias de nuestro movidizo tiempo, los hombres del CEDI han venido trabajando al servicio del mismo ideal fundacional: el convencimiento de que Europa no es sólo geografía ni economía, sino algo más que eso: una comunidad de destino al servicio de unos ideales culturales y espirituales que trascienden al hombre y que le dan contenido y sentido.

Somos de hoy y de siempre porque venimos de más atrás a nosotros mismos, y la experiencia nos enseña que si la Humanidad desea pervivir, no puede hacer tabla rasa del legado de la Historia ni transgredir el Derecho natural y el de gentes.

Si la Internacional Liberal en que se fundó el orden de la posguerra mostró en los hechos su radical insuficiencia, la Internacional Socialista que ahora se nos propone como meta a alcanzar ofrece aún menores perspectivas salvadoras.

Es por ello que, sin desconocer los valores positivos de ambas, nosotros aspiramos a ir más allá, dando un contenido más ambicioso y concreto —más profundo— al insaciable afán de ser y de ir haciéndose las nuevas generaciones. La cultura permisiva ahora en boga carece de sentido y es germen de infinitos problemas.

Sumergidos como estamos en una avalancha materialista que amenaza con anegar todo, acosados al Este y al Oeste por presiones de diferente tipo, los europeos sólo podremos salvarnos y permanecer en pie si echamos recurso de nuestros valores esenciales, hoy atacados desde todos los flancos.

Padecemos una crisis de identidad, tenemos el riesgo de olvidar de dónde venimos y qué somos, se va perdiendo la conciencia de patria,

* Conferencia pronunciada en la XXIV Reunión internacional del CEDI (Barcelona, 26-28 septiembre 1975), que estudió el tema «Avance soviético, repliegue americano, resistencia europea». La publicación ha sido autorizada por el CEDI, lo que agradecemos.

el sentido del honor, el concepto de familia, la vocación de servicio... Y en esta pleamar de confusiones y de inhibiciones hasta hemos olvidado que ser es defenderse y no hacerlo es una forma de dejar de ser.

De ahí la necesidad de reaccionar, el exigente deber de actuar. Con la conciencia clara de que sólo en la acción comunitaria podremos salvarnos.

* * *

Pero antes de entrar en el tema concreto, objeto de este Congreso, creemos se impone la necesidad de hacer, a manera de introducción, unas cuantas consideraciones generales. Un largo período de paz ha embotado la sensibilidad y relativizado todos los valores.

Debemos, pues, saber dónde estamos y hacia dónde vamos para establecer una prioridad en el orden de urgencias, para poder salir en defensa de los frentes más amenazados.

Y es el primero, a mi entender, el relativo a la consideración de la URSS como potencia *que está ahí*, con una existencia real y concreta, hecho ante el cual hay que tomar posiciones muy claras.

Si la razón final de la política norteamericana en el mundo se define en forma de imperativo moral para asegurar la democracia en el mundo, esta actitud moral respecto de la guerra y la paz era concebible en tanto se podía considerar que la potencia industrial y militar de los Estados Unidos fuese tan superior a la de sus adversarios como para hacer posible la victoria total. Pero el desarrollo de la potencia nuclear soviética ha modificado radicalmente el planteamiento de la cuestión.

Dada la potencia de destrucción de las armas nucleares en posesión de las dos grandes superpotencias, la guerra ha dejado de ser un medio realista para resolver las cuestiones internacionales: cuando se comienza a calcular en términos de 100 millones de muertos de una y otra parte sólo en las primeras horas del conflicto, evidentemente entramos en órdenes de grandeza que superan todo cálculo político.

Una situación nada nueva, ya que tiene muchos elementos de semejanza con el equilibrio de las potencias que, bien o mal, aseguraron la paz en Europa desde 1814 hasta 1914. Una paz no absoluta, cierto; porque guerras ha habido, pero las exigencias del equilibrio europeo limitaban su extensión, circunscribían su duración y sus consecuencias. Pero nunca la exigencia de equilibrio ha sido tan absoluta como hoy; entonces una guerra desencadenada, desafiando el equilibrio,

podía conducir a la derrota de una potencia, pero no a su muerte física, como hoy.

Este equilibrio es un freno, y un freno potente: no se puede ya hablar de guerra total y todavía menos de victoria total o de paz total; esa forzosa convivencia entre las dos grandes potencias, para la que hemos inventado la palabra «coexistencia», está hecha de compromisos.

Las dificultades de adaptación de Norteamérica a la nueva situación son de dos órdenes:

1. El mundo—el mundo, no Europa—le ha caído entre los brazos sin que lo quisiera, pero sin posibilidad de librarse de él. El imperativo moral le impone defender, en el mundo entero, los principios que pueden ser resumidos en una fórmula: la manera de vivir americana. Al aislacionismo de un tiempo—una nostalgia que todavía dormita bajo la piel americana—le sustituye la presencia universal, que ha sido definida también como globalismo moral. Dos extremos, ambos fuera de los límites de la realidad: lo hacedero posible hace falta buscarlo en algún punto intermedio entre esos dos extremos, y es aquel al que gradualmente, aunque en forma penosa, la opinión pública y el pensamiento político americanos están tratando de llegar.

2. Norteamérica nunca ha buscado deliberadamente la guerra; raros son los casos, por otra parte, en los que alguien ha buscado la guerra deliberadamente: frecuentemente se confunde el error de valoración con la voluntad de guerra, pero, a la par que cualquier otro Estado de este mundo, ella siempre ha considerado la guerra como un medio para resolver ciertas controversias internacionales. Hoy la guerra está excluida, por lo menos en la medida en que queramos permanecer como seres racionales. Norteamérica debe, pues, resignarse a admitir que en este mundo están también los otros, sobre todo otro: Rusia. Y a admitir que la dinámica misma del compromiso excluye que se continúe pensando y actuando en términos rígidos de imperativo moral. También aquí la opinión pública y el pensamiento político americano tratan de adaptarse a estas nuevas exigencias. Una adaptación no es fácil, aunque no sea general ni completa, ya que está falseada todavía por la esperanza de poder volver algún día a los nuevos amores.

No menos difícil e incompleta es la adaptación de la otra superpotencia: Rusia.

Para mí, el error capital que se puede cometer al hablar de Rusia es subestimar el elemento ideológico, comunista, en la política rusa: sostener que la política rusa es una política nacional que se inspira en sus directrices tradicionales, basadas en la razón de Estado. Cierto que cuando se afirma que la potencia de Rusia es elemento esencial para el triunfo de la revolución mundial trazar una línea de demarcación exacta entre la política exterior de la Rusia rusa y la política exterior de Rusia como meca del comunismo no es fácil. Pero si nos olvidamos de que la política exterior rusa es practicada por personas que son comunistas convencidos, que hablan, piensan y actúan como comunistas, si dejamos de lado el elemento ideológico, siempre dominante en la política rusa, corremos el riesgo de no entender nada y de incurrir en gruesos errores.

¿Qué significa hablar como comunistas, actuar como comunistas? Significa partir del supuesto científico de que todo el mundo, los Estados Unidos comprendidos, debe hacerse comunista, porque así lo quieren las leyes de la Historia, la evolución inevitable de la sociedad llamada capitalista. El deber de Rusia es ayudar como pueda, directa y sobre todo indirectamente, a esta evolución histórica. Kruschew dijo al respecto: «No se pregunta a una mujer embarazada si quiere poner en el mundo a su hijo; cuando el tiempo se cumple, el niño nace.» La función histórica de Rusia es la de ser los *forceps* de este nacimiento.

Las revoluciones de izquierdas, bien se trate de revoluciones del proletariado en el país X contra sus *explotadores capitalistas* o de revueltas de los pueblos coloniales para liberarse del colonialismo, primero, y del neocolonialismo, después, deben ser, siempre y donde sea, dejadas libres de desarrollarse. Es tan sólo la revolución de derechas la que debe ser reprimida. La función de la Rusia comunista es la de poner en movimiento su potencia, material y moral, para asegurar el libre desarrollo de la revolución de izquierdas. Lo dijo ya claramente, y no por primera vez, el XXIII Congreso del Partido Comunista ruso en sus resoluciones: «no puede haber coexistencia entre los opresores y los oprimidos».

Este mismo concepto había sido ya expresado por Kruschew en una entrevista con Lippman. Preguntado si consideraba posible un acuerdo entre Rusia y América sobre la base del *statu quo*, respondió: «Sí, a condición de considerar la rebelión de los pueblos coloniales contra los dominadores y la rebelión de los proletarios contra sus opresores como *statu quo*. En otras palabras, revolución igual a *statu quo*.»

DISTENSIÓN Y COEXISTENCIA PACÍFICA EN EL MUNDO ACTUAL

Existe un límite, naturalmente: este apoyo no debe llegar hasta provocar la intervención armada de una gran potencia, en la práctica de los Estados Unidos. La guerra podría arriesgar la consolidación de las conquistas sociales de la revolución rusa, que son siempre elemento fundamental para el triunfo final.

Si esta limitación ha jugado siempre, la amenaza atómica por lo menos la ha subrayado.

Mientras antes de Kruschev, aun reconociendo la potencia destructora del arma nuclear, se creía o se afirmaba creer que el comunismo habría sobrevivido incluso a esta apocalipsis, hoy parece aceptarse que una guerra total podría ser el fin, incluidos el capitalismo y el comunismo. Digo parece porque en los últimos tiempos algunas afirmaciones, especialmente de militares, podrían aludir a un retorno a lo antiguo.

El peligro nuclear ha puesto límites bien precisos tanto al imperativo moral global de los Estados Unidos como al imperativo revolucionario de Rusia. Tanto el uno como el otro vacilan en liberarse de esta herencia del pasado y en adaptarse a la realidad nueva: para los rusos, la evolución es más difícil que para los americanos; para éstos, admitir ciertos límites no significa cambio de religión; para los comunistas, sí.

La experiencia de esta posguerra debería habernos enseñado que el impulso comunista hacia la subversión sólo se frena ante la fuerza. Hasta hoy al menos, la fuerza que le ha hecho detenerse ha sido siempre y solamente la fuerza americana: así en el Elba como en Grecia y en Turquía, dos veces en Berlín y en Corea.

Minimizar el elemento ideológico comunista en la política exterior de Rusia, querer verla sólo como un elemento nacional que se deja guiar por la razón de Estado, es un grave error que puede llevar a Europa a las más tristes consecuencias. A bordo del *Príncipe de Gales*, Roosevelt y Churchill proclamaron en su día a Stalin «soldado de Cristo». Hasta ahora ha sido siempre Rusia quien, con su acción, ha conseguido poner la cabeza sobre los hombros de los ilusos.

* * *

A lo largo del año, a nuestro juicio, el hecho político internacional más importante ha sido la Conferencia de Helsinki, que va a permitir a la Unión Soviética reanudar su ofensiva en favor de una «seguri-

dad europea» fundada en el mantenimiento para la Europa occidental de su impotencia militar.

Mientras para los países del Este la teoría de la «soberanía limitada» le ha permitido conservarlos férreamente bajo su influencia, no vacilando en aplicar la intervención militar cuantas veces han considerado necesario, lo mismo en Polonia que en Alemania del Este, en Hungría como en Checoslovaquia, para Europa occidental, no siendo posible el enfrentamiento militar porque el equilibrio nuclear lo hace inviable, se está recurriendo a otra forma diferente de acción, la subversión, que, como complemento de la disuasión nuclear, está siendo un elemento permanente de un mundo dominado por la conjunción del «hecho nuclear» y del «hecho ideológico».

Desde el otoño de 1962 hemos entrado en una nueva era. Con el reconocimiento de la «distensión» o «detente» han nacido toda clase de equívocos, que han afectado a las ideas y han falseado los juicios.

Se tiene una excesiva tendencia a confundir la *distensión* y la *coexistencia pacífica*, a confundir hasta el punto de identificarlas, cuando de hecho deben ser situadas sobre dos planos diferentes. La «distensión» es una simple atenuación de la tensión que reinaba entre el Este y el Oeste en la época de la guerra fría. La «coexistencia pacífica» es una concepción de las relaciones entre Estados o entre grupos de Estados animados de principios y persiguiendo fines diferentes. Para los occidentales, ella no es más que la trasposición al plano de las relaciones internacionales del valor acordado a la pluralidad de opiniones individuales. Para los soviéticos, la coexistencia pacífica es, en función de una cierta situación histórica, la formulación no guerrera de un antagonismo fundamental, que no puede concluirse más que por la eliminación de uno de los antagonistas. De ahí que la noción de «distensión» y la exaltación de la «coexistencia pacífica» están, directamente en unos casos e indirectamente en otros, unidas al «equilibrio de fuerzas».

Según las tesis soviéticas, la política extranjera está fundada «sobre el carácter socialista de la estructura social y de la forma de Estado soviética, sobre el papel dirigente del Partido Comunista leninista, sobre la fidelidad de este Partido y del pueblo soviético al marxismo-leninismo y, en fin, sobre los principios del internacionalismo proletario».

Tal como los soviéticos la conciben, la coexistencia reposa sobre una constatación: «los principios que orientan la política exterior soviética son los mismos que fueron adoptados cuando el Estado y el

Partido eran conducidos por Lenin». Para éste, «la victoria del socialismo no es posible, en su origen, más que en pocos países capitalistas, acaso en un solo país... El capitalismo se desarrolla en los diferentes países de una forma extremadamente desigual. La producción así lo exige. De ahí que no podamos sustraernos a esta conclusión: el socialismo no puede vencer simultáneamente en todos los países. Muchos de entre ellos permanecerán durante algún tiempo en una situación burguesa o preburguesa».

Puesto que capitalismo y socialismo van a estar obligados —durante un cierto tiempo— a vivir juntos, es posible, según las doctrinas soviéticas, elaborar una política en relación con los países no comunistas. Esta tesis, referida a Lenin, es el punto de partida de todas las concepciones soviéticas modernas. El programa distingue dos aspectos de la coexistencia: un Estado de hecho, delimitando las relaciones entre las naciones, y un instrumento de la lucha de clases, extendida a todo el planeta.

Pero está fuera de cuestión la coexistencia en el campo de las ideologías. Esta ocupa un lugar prioritario y la coexistencia no viene más que en segundo lugar. Tunkin, uno de los mejores juriconsultos de Moscú, dijo muy explícitamente en un curso de la Academia de Derecho Internacional de La Haya: «Son las leyes objetivas de la Historia y no la voluntad o el deseo de tales o cuales clases sociales, de personas o de Gobiernos, los que hacen imposible el mantenimiento del *statu quo* que desearían los imperialistas. Y eso no solamente para la eternidad, pero ni siquiera para un tiempo relativamente breve. La marcha revolucionaria de la sociedad hacia el progreso no se frena un solo instante y nada la hará retroceder. La lucha de clases entre socialismo y capitalismo en el cuadro del Derecho internacional actual es la coexistencia pacífica.»

Los occidentales habían logrado que el problema de la «libre circulación de personas, de ideas y de informaciones entre los diferentes Estados europeos» fuera inscrito en el orden del día de la Conferencia de Seguridad Europea. Pero en marzo de 1972 Breznev reclamó «una actitud implacable en la lucha ideológica, combinada con el deseo de establecer relaciones ventajosas entre los Estados que tengan un sistema ideológico opuesto». El período checo *Rude Pravo* escribiría al mismo tiempo: «No es difícil llegar a la conclusión que la libre circulación de ideas es, en el espíritu del Oeste, el caballo de Troya que ensayará introducirse fraudulentamente en las próximas negociaciones entre los países europeos.» Y agrega: «El intercambio libre de ideas,

de informaciones y de personas constituye una injerencia en los asuntos interiores de los países socialistas.» Estas y otras citas múltiples que podrían añadirse ilustran ampliamente sobre el carácter frágil y limitado de la coexistencia pacífica.

Así, pues, según las tesis soviéticas, la coexistencia pacífica puede mantenerse en todo cuanto concierne a los intercambios económicos y técnicos que puedan favorecer el aumento de potencia de los países del Este, pero la oposición ideológica debe continuar siendo implacable y opuesta a toda distensión. Tal es la forma como la Unión Soviética concibe la cooperación entre los pueblos. Y ése es el modo de que los conflictos internacionales se transformen en guerras civiles en el interior de las fronteras nacionales.

Ota Sik, el economista de la *Primavera de Praga*, refugiado en Suiza, decía recientemente: «Después de la revuelta checa de 1968, Breznev comprendió que no podría hacer despegar las economías del Este sin dejar jugar las leyes del mercado; pero si dejaba jugar las leyes del mercado desencadenaría al mismo tiempo la exigencia de libertades políticas. Es entonces cuando inventa lo que yo llamaría «el huevo» de Breznev: adquirir la técnica y el *management* de las grandes firmas capitalistas internacionales sin tener que agitar las aguas dormidas de las sociedades socialistas y salvar así el Estado burocrático y policíesco.»

Así se comprende la advertencia lanzada en agosto de 1973 por el físico André Sakharov: «estar precavidos a un acercamiento con la Unión Soviética que no sea acompañado de la democratización de ese país y de la liquidación de su aislamiento. Una distensión sin democratización, una *detente* en la cual el Oeste acepte nuestras reglas de juego será una distensión peligrosa. No arreglaría ninguno de los problemas mundiales y significaría una capitulación ante nuestra potencia, real o supuesta».

De lo dicho se infiere que, cuando ciertos sectores tratan de acentuar la distensión, desconocen la verdadera naturaleza de la política soviética de coexistencia. Una distensión auténtica es imposible porque ello supondría, de una parte, la ruptura de lazos entre la política interior y la política exterior. De otra, la renuncia de la Unión Soviética a su propio sistema. Este continúa siendo una ideocracia, donde la ideología y la política han sido sacralizadas, mientras que uno de los grandes esfuerzos de Occidente está caracterizado por la secularización de la política y a la hora de las decisiones en las sociedades

industriales, la ideología apenas si tiene puesto. Por el contrario, los jefes comunistas piensan según el cuadro de las ideas marxistas revisadas por Lenin. El conflicto Este-Oeste, sea cual fuere el grado de sus decisiones, no es para ellos más que un aspecto, un momento de la revolución mundial, del pasaje, a sus ojos ineluctable, del capitalismo al socialismo. Siendo los Estados Unidos la única potencia capaz de equilibrar la fuerza de la Unión Soviética y, al mismo tiempo, la expresión suprema del capitalismo, ellos son a la vez, dialécticamente, el enemigo nacional de Rusia y el enemigo ideológico del mundo socialista. La rivalidad de los dos grandes no es, pues, según el marxismo-leninismo, asimilable a las grandes rivalidades entre los dos candidatos al trono o al imperio, sino que se inserta en un proceso de transformación revolucionaria de la cual es, en un subperíodo, la expresión diplomática. Carece de sentido intentar poner término a esta rivalidad por un acuerdo durable, fundado sobre la repartición de «zonas de influencia» o sobre el principio «vivir y dejar vivir».

Para ellos la coexistencia pacífica no puede ser más que la modalidad particular que reviste transitoriamente un conflicto prolongado.

Los occidentales se inclinan a reconocer la primacía de la paz. Así, frente a un conflicto, procuran la solución o su reglamentación pacífica. Los marxistas leninistas, por su parte, hasta la difusión definitiva y total del socialismo, reconocen la fatalidad del conflicto. Esta convicción no está atenuada en su expresión o en sus manifestaciones más que en función de la coyuntura, en la medida en que pueda ser permitida una más o menos eficaz agresividad. Tal es la situación presente: la coyuntura está dominada por la equivalencia del potencial nuclear. La Unión Soviética acepta la coexistencia pacífica, pero no renuncia a ninguno de sus objetivos de conquista mundial. Y emplean para ello las armas apropiadas: pedir la libertad que no practican para hacer estallar la subversión.

Los dirigentes soviéticos desearían perseguir la política de distensión, que parece condicionar la cooperación económica con Occidente, de la cual esperan obtener sustanciales beneficios. Pero al mismo tiempo, con su intervención en el «conflicto del Medio Oriente», en Portugal, Eritrea, Etiopía o Vietnam, o fomentando toda clase de separatismos, confirman y amplifican sus maniobras interiores de subversión mundial. Los dos tipos de acción no les parecen contradictorios, como lo serían para un no comunista.

«¿Qué especie de distensión puede jamás existir en tanto sea empleada una propaganda inhumana, la que en la Unión Soviética es

llamada "guerra ideológica"? Si queremos que exista la distensión, seamos amigos y pongamos fin a los conflictos ideológicos», ha declarado recientemente el gran Solschenizyn.

A esta altura del tiempo el problema no se presenta en términos de juicio político, sino de lógica intelectual. Es precisamente esto la causa esencial de la gran escisión del mundo actual. No son dos políticas las que se enfrentan cara a cara, sino dos concepciones del mundo y de los hombres en sus relaciones entre ellos y con el universo. Y las mismas no tienen el mismo sentido, según sean pronunciadas en el Este o en el Oeste.

De ahí que nosotros, los hombres del CEDI, ante la situación, más que nunca crítica, lo que tratamos de conservar y de defender revolucionariamente es una concepción de la vida y del Estado que, basada sobre valores e intereses de carácter superior, trasciendan netamente el plano de la economía y, por tanto, todo cuanto pueda ser definido en términos de clase económica. Se trata de reconocer en la apariencia de lo temporal y transitorio la sustancia, que es inmanente, y lo eterno, que es actual.

Pero ese elemento eterno y sustancial es diferente en cada pueblo, fruto del devenir histórico y de un largo proceso cultural y espiritual, que no puede ser trasgredido ni borrado de un golpe. Hacer tabla rasa del mismo en nombre de un principio o de un método liberal, es también una forma de hacer comunismo. Y empeñarse en que todos los pueblos europeos evolucionen en la misma forma y creen un sistema democrático similar, sería caer en un simplismo difícilmente comprensible.

Al establecer un juicio de valores no se puede desconocer la tradición ni la idiosincrasia de los individuos y de las naciones, ni sus circunstancias históricas precedentes. No parece debiera importar que los sistemas sean diferentes si el fin último fuera análogo y los resultados semejantes.

Siempre en cada pueblo existirán diferentes formas de aplicación de las libertades esenciales y se sacrificarán las accidentales en función de múltiples circunstancias históricas o culturales de muy diferente tipo. Lo que a todos debiera importar fundamentalmente es que éstas sean verdaderas y aquéllas auténticas.

Tal es *el qué*, *el porqué* y *el para qué* de nuestra presencia hoy junto a vosotros. Muchas gracias.